La madre lejana de Odiseo

MIGUEL CASTILLO DIDIER
UNIVERSIDAD DE CHILE. Chile

Resumen: La figura de *Anticlea* en la Odisea tiene una presencia mucho menor en el poema homérico que en la *Eneida*. Sólo la conocemos por su sombra, que habla a Ulises en la rapsodia XI. Y en la *Odisea* de Kazantzakis Anticlea tiene asimismo una mínima presencia. Con emoción la evoca Odiseo en un sueño en el que aparece la madre en los instantes de su agonía. Pero no habla; su hijo supone que diría ciertas palabras. Y casi al final de su peregrinaje, en la rapsodia XXIII, Odiseo evoca brevemente a su madre joven, cuando lo está amantando.

Palabras claves: Anticlea, Odisea, Kazantzakis

ANTICLEA, THE DISTANT MOTHER

Abstract: Anticlea figure in the Odyssey has a much smaller presence in the Homeric poem as in the Aeneid. Only we know by its shadow, speaking to Ulysses at rhapsody XI. And Anticlea in the Kazantzakis's Odyssey also has a minimal presence. With emotion evokes Odysseus in a dream in which the mother appears in moments of agony. But he does not speak; his son supposes that she says certain words. And near the end of his pilgrimage, at rhapsody XXIII, Odysseus briefly evokes his young mother, when she is nursing him.

Keywords: Anticlea, Odyssey, Kazantzakis

Recibido: 17.05.2016 - **Aceptado:** 5.06.2016

Correspondencia: Miguel Castillo Didier.
Email: micastilgriego@gmail.com
Director Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos.
Profesor Titular. Universidad de Chile. Casilla 435-3 / Santiago / Chile.

LA MADRE LEJANA DE ODISEO

Homero nos relata el largo viaje de Odiseo en busca de su tierra y de su hogar. Y Virgilio nos cuenta la dilatada peregrinación de Eneas en la búsqueda del nuevo asentamiento que para los troyanos han profetizado los dioses. Los estudiosos hablan de un cierto paralelismo entre las dos travesías por los mares. Como escribe Nicolás Cruz, de los 12 cantos de la *Eneida*, "los seis primeros narran el viaje, mientras que entre el libro VII y el XII se asiste a la llegada a Italia, a la guerra y al triunfo final de los troyanos. Visto desde este punto de vista, se ha sostenido que la *Eneida* contiene una *Odisea* (narración de viajes) en la primera parte y una *Ilíada* (narración de una guerra) en la segunda"[1]. Y efectivamente en una y en otra aparecen nuevos personajes y nuevas tierras; y en ambas, los peregrinos deben enfrentar diversas peripecias. Mientras navegan – canto III –Eneas y sus compañeros tienen que evitar a Caribdis y Escila, la misma de devora a seis compañeros de Odiseo[2], que los acechan a la izquierda y a la derecha del estrecho que separa a Sicilia de Italia[3].

Pero en varios aspectos, no hay paralelismo entre las peregrinaciones de Odiseo y de Eneas. El primero pierde a todos sus compañeros y llega sólo a Itaca; mientras que Eneas llega a la tierra buscada con su numeroso grupo de troyanos. Y el padre y la madre de los dos héroes tienen presencia bien distinta en los poemas.

La madre de Eneas es la diosa Afrodita, quien ya en la *Ilíada* interviene por su hijo en la lucha ante Troya. Y en la *Eneida*, tiene activa presencia. La presencia del padre, Anquises, no es tampoco reducida. Actúa mientras vive y aún después de muerto. En el canto V, su sombra da amplios consejos a Eneas; y en el canto VI, en los Campos Elíseos, su sombra traza para Eneas una amplia anticipación del futuro de la historia de Roma[4].

Laertes tiene una discreta presencia en la *Odisea.* En el transcurso del poema, hay breves referencias a él por parte de otros personajes. Sólo en la última rapsodia, lo vemos en la emocionante escena del reconocimiento

1 N. Cruz: "La *Eneida*, Virgilio y Eneas", en Virgilio: *La Eneida*. Traducción de Egidio Poblete, edición de Nicolás Cruz y Antonio Arbea. Editorial Universitaria, Santiago 2010, p. 13. Muy apreciable es la edición bilingüe de Bonifaz: Publio Virgilio Maròn: *Eneida*, Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Muño, Universidad Nacional Autónoma de México, México 2006.

2 Homero: *Odisea* XII, vv. 245-259.

3 *Eneida*, Canto III, vv.554 y s.

4 Ibídem, canto V, vv. 721-742, canto VI, vv. 679-692.

con Odiseo. A la madre de Ulises la conocemos ya muerta. O, mejor dicho, conocemos su sombra en la rapsodia XI, cuando su hijo la encuentra en el mundo de los que han dejado de vivir. Allí se entera Odiseo de que su madre ha muerto por el dolor de su larga ausencia[5].

Hay una diferencia en el destino de ambos héroes con posterioridad a los poemas que los inmortalizaron. Eneas llegó al lugar donde siglos después se levantaría Roma. No vuelve a dejar la tierra itálica en algún nuevo gran poemas. Odiseo llegó a Itaca, pero volvió a salir en un viaje extensísimo que va surgiendo de la pluma de otro poeta griego. Su nuevo viaje, continuación del antiguo, está narrado a través de 33.333 versos, que casi triplican el relato homérico.

En este nuevo viaje van apareciendo innumerables personajes, algunos dentro de cantos o de sueños. Y no son pocos los momentos de intensa emoción del rudo peregrino o de algunos de aquellos con los que se cruza, con los que conversa o discute o con los cuales interactúa a en todas las "etapas activas" de su caminar. Hay personajes que enternecen a ese hombre que ha sabido ser despiadado en Esparta y en Creta; que ha luchado como revolucionario en Egipto; y que se ha impuesto más tarde un duro ascetismo. Y en esos momentos en que aflora la emoción y la ternura en el incansable buscador, acaso los más hermosos sean aquellos que recuerdan a dos personajes que en la nueva *Odisea* no viven ya; y otro que viene a morir en el poema contemporáneo. Uno de ellos tampoco vivía ya en el poema homérico – su madre; otro murió al retorno de Ulises – su perro Argos; el tercero, su padre, Laertes, tiene en la nueva *Odisea* la muerte que no tuvo en Homero.

De la muerte de su madre Anticlea se impone Odiseo al ver su sombra, cuando le es dado descender al mundo de los muertos, en la rapsodia XI del poema homérico. No sabemos cuánto tiempo había vivido después de la partida de su hijo. Posiblemente murió después de saber que Troya había caído y que los principales guerreros habían regresado. Argos, el perro de Odiseo, inmortalizado en breves versos por el poeta, muere al volver su amo. En la nueva *Odisea*, el fiel animal, su cadáver redivivo – había muerto "hacía miles de años" - tiene una breve figuración. También es muy breve la de Anticlea. Y en ambos casos, creemos que la poesía de Kazantzakis, la inagotable poesía de la *Odisea*, alcanza momentos de elevada y emocionante belleza. Y en los dos pasajes, hay contraste entre la tan compleja personalidad de Odiseo, la dureza inflexible de su larga lucha y su interminable búsqueda, y la tierna emoción

5 Ibídem, XI, v. 84 y s.

unida al recuerdo de esos dos seres humildes, humildes en ambos poemas, el homérico y el moderno.

En Homero, tenemos un indicio de que la madre del héroe no está en vida, cuando en la morada de Hades, el alma de Elpenor, aquel compañero de Ulises, el menor, que murió y quedó insepulto en el país de Circe, le ruega dé sepultura a sus cenizas: "Te suplico en nombre de los que se quedaron en tu casa y no están presentes – de tu esposa, de tu padre que te crió cuando eras niño, y de Telémaco, el único vástago que dejaste en el palacio. No menciona a la madre"[6]. En el mismo territorio sombrío del dios Hades, vendrá enseguida a enterarse Odiseo de la muerte de su madre. Pero antes de recordar la hermosa y conmovedora escena del encuentro de ella y su hijo, examinemos las dos menciones que de Anticlea hallamos hacia el final de la historia de Ulises, cuando éste ya ha regresado a Itaca.

Odiseo, en apariencia de forastero indigente y presentándose como ex combatiente de Troya, es acogido por el porquerizo Eumeo, y, sin ser reconocido, le pregunta por la familia de su presunto compañero de armas. No se da por enterado de que madre ha muerto, como lo comprobó en su bajada a los dominios de Hades. Interroga así al mayoral de los pastores: "¿Dime si la madre del divinal Odiseo y su padre, a quien al partir dejó en el umbral de la vejez, viven aún y gozan de los rayos del sol o han muerto y se hallan en la mansión de Hades?". Entonces, escuchamos ahora de labios del fiel siervo, lo que Ulises oyó decir a la sombra de su madre: "Laertes vive aún y en su morada ruega continuamente a Zeus que el alma se le separe de los miembros; porque padece de grandísimo dolor por la ausencia de su hijo y por el fallecimiento de su legítima y prudente esposa, que le llenó de tristeza y le ha anticipado la senectud. Ella tuvo deplorable muerte por el pesar que sentía por su glorioso hijo". Y hay aquí un breve y buen recuerdo de aquella mujer: "Mientras vivió, aunque apenada, holgaba yo de preguntarle y consultarle muchas cosas [...]. Al llegar Eumeo a la pubertad, y después de haberse criado con la hija menor de Anticlea, "a mí púsome un manto y una túnica, vestidos muy hermosos, diome con qué calzar los pies y aun me quiso más en su corazón. Ahora me falta su amparo, pero las bienaventuradas deidades prosperan la obra en que me ocupo [...]. Pero no me es posible oír al presente las dulces palabras de mi dueña ni lograr de ella ninguna merced"[7].

6 Homero: *Odisea*, XI, 66-69.

7 Ibídem, XV, 358, 363-370.

Cuando Odiseo, sin haberse dado a conocer, le cuenta a Laertes que conoció a su hijo y lo hospedó, éste, "con los ojos anegados de lágrimas", le pregunta cuántos años hace que tuvo lugar ese encuentro. Entonces, menciona, sin nombrarla a su esposa Anticlea: "¿Cuántos años ha que acogiste a ese tu infeliz huésped, mi hijo infortunado, si todo no ha sido un sueño? Alejado de sus amigos y de su patria tierra, o se lo comieron los peces en el ponto, o fue pasto, en el continente, de las fieras y de las aves; y ni su madre lo amortajó, llorándolo conmigo, que lo engendramos; ni su rica mujer, la discreta Penélope, gimió sobre el lecho fúnebre de su marido, como era justo, ni le cerró los ojos; que tales son las honras debidas a los muertos"[8].

Tales son las breves menciones de la madre de Ulises en el poema, aparte de su aparición en la rapsodia XI. Al penetrar en la región de los muertos, primero viene donde Odiseo el alma de Elpenor y en segundo lugar la sombra de Anticlea, a quien hasta ese momento creía viva. Llora Ulises y se le "inunda el pecho de dolor", pero, a pesar de su aflicción, le impide llegar a beber la sangre que la reanimaría, pues debe hablar primero con el alma del adivino Tiresias:

> Mas entonces el alma llegó de mi madre difunta,
> de Anticlea que engendrara el magnánimo Autólico. Viva
> la dejé en mi mansión al salir para Troya sagrada;
> brotó el llanto en mis ojos al verla, inundóseme el pecho
> de dolor; mas con toda mi pena impedíle, asimismo
> a la sangre llegar mientras yo no escuchase a Tiresias [9].

Es conmovedora esta escena. Odiseo sabe ahora que su madre está muerta y llora al ver a su alma. Ésta a su vez observa quizás la conversación de su hijo con Tiresias, se queda en silencio junto a la sangre. Por eso, al terminar de hablar con el adivino, Ulises le pregunta cómo podrá reconocerlo Anticlea: "¡Tiresias...! Veo el alma de mi difunta madre, que está silenciosa junto a la sangre, sin que se atreva a mirar de frente a su hijo ni a dirigirle la voz. Dime, oh rey, ¿cómo podrá reconocerme?" Tiresias le dice que las almas que se acerquen a la sangre le hablarán y le darán noticias. Anticlea viene a tomar sangre y notando al punto a su hijo, le habla "llena de lástima":

8 Ibídem, XXIV, 288-296.

9 Ibídem, XI, 84-89. *Odisea*. Introducción de Carlos García Gual, traducción José Manuel Pabón, Editorial Gredos; Madrid, 2000.

¿Cómo fue tu llegada, hijo mío, al país de las brumas
vivo aún? El paraje es difícil de ver por los vivos,
porque hay en mitad grandes ríos, tremendas corrientes,
el océano ante todo, que a nadie de cierto es posible
de otro modo pasar que teniendo una sólida nave[10].

Sigue la pregunta de Anticlea acerca del itinerario de su hijo hasta llegar a los dominios de Hades y la respuesta de Odiseo, quien explica que todavía no ha podido volver a su tierra, de la que un día se alejó "con dolor". Pero enseguida, es él quien interroga a su madre:

Pero ahora pon mente a mi ruego y explica esto otro:
¿qué destino te vino a abatir en la muerte penosa?
¿Una larga dolencia? ¡O bien la saetera Artemisa
te mató disparando sus flechas suaves? Mas dime
de mi padre y el hijo que allí me dejé: ¿por ventura
en mi puesto de honor se mantienen aún o ha pasado
a algún otro de allá sin que nadie ya piense en mi vuelta?
De mi esposa refiere también: ¿qué proyecta, qué hace?
¿Sigue al lado del niño guardándolo todo fielmente
o casó con algún hombre aqueo mejor que los otros?[11]

Anticlea da a Odiseo información sobre su esposa y su hijo, sin aludir a la conducta de los pretendientes. Penélope lo esperan y Telémaco gobierna su hacienda tranquilo. Sólo las noticias sobre Laertes son tristes. Detalla la madre la situación del anciano, que "se está en el campo", "con su pena", mientras "su angustia se acrece", añorando a su hijo. Luego, Anticlea habla de su muerte, causada por la pena que la ausencia del hijo, "luz" de su alma, le causaba. Esta última parte de la escena está empapada de tristeza ante la terrible realidad de la muerte:

Ésta ha sido mi muerte también, tal cumplí mi destino:
no acabó mi existencia en palacio la gran flechadora,
la de tiro infalible, lanzando sus blandas saetas,
ni cayó sobre mí enfermedad como aquellas que suelen,

10 Ibídem, 155-159. Traducción J. M. Pabón.
11 Ibídem, 170-179.

en fatal consunción, arrancar de los miembros el alma;
no, mi Ulises, mi luz, fue mi pena por ti, fue el recuerdo,
fue tu misma bondad quien dio fin a mi gozo y mi vida[12].

Entonces Odiseo trata de abrazar a su madre, avanzando tres veces hacia ella, pero no puede, pues ella "a manera de ensueño o de sombra" se escapa de sus brazos. Con "agudo dolor", le pregunta por qué no puede echarle los brazos para que ambos puedan saciarse "de los rudos sollozos". Anticlea le explica que los difuntos son sólo una especie de sombra. Y lo exhorta a volver sin demora al mundo de la luz, de los vivientes.

Después de las últimas palabras de Anticlea que escuchamos (leemos), pasarán cerca de tres mil años hasta que la voz de la madre de Ulises reaparezca, en la misma lengua griega (evolucionada, sin duda), en otro poema dedicado al peregrinar de su hijo. Allá Odiseo sólo vio a la sombra de su madre muerta. Aquí sólo la ve en un sueño. En efecto, en medio del interminable andar de Ulises, en la *Odisea* de Kazantzakis, aparece la madre en un sueño. En el breve espacio de 44 versos - de los más de 30 mil del poema -, en el espacio de las palabras de Odiseo, que narra un sueño, en la cercanía de su muerte en los hielos antárticos, nos sumergimos en un clima de dolorida emoción, que nos recuerda el encuentro de hijo y madre en la morada de Hades, allá en el tiempo de Homero.

No oiremos la voz de Anticlea, aunque en un momento el propio Ulises en su hablar ponga palabras en labios de su madre. En el sueño, Ulises asiste a la agonía de su madre, a la que en el poema homérico no pudo acompañar en esa hora triste, pues se batía ante los muros de Troya o luchaba para escapar de los peligros que la animadversión de Poseidón ponía en su marítima senda. Ahora, en el fluir del tiempo incalculable de la nueva *Odisea*, el rudo lobo de mar "de múltiple ingenio", ahora solitario y anciano asceta, después de haber vivido revoluciones y múltiples peripecias; habiendo dejado atrás los confines meridionales de África y realizado su penúltima navegación, ahora hacia los hielos antárticos, Odiseo, en la aldea polar donde encontrará luego a los últimos seres humanos, sueña con su madre.

Revive aquí el hijo dolorido de la undécima rapsodia homérica. Quedan a un lado la ferocidad y las inclemencias que más de una vez ha demostrado en su caminar. Nos acercamos a un hombre transido de dolor, pleno de viva ternura para con la madre que agoniza. Cuando él recuerda "la santa sonrisa

12 Ibídem, 197-103.

melancólica" de Anticlea, nosotros recordamos los momentos en que Odiseo, al morir Laertes (en la nueva *Odisea*), contempla emocionado el "rostro santificado" de su anciano progenitor y procede con unción a darle sepultura[13].

> Por años a su madre no la había visto más mientras dormía,
> dijérase que la tierra abrió su boca e íntegra la devoró;
> y no volvió a aparecer su santa sonrisa melancólica
> a conmover dulcemente el sueño de su hijo amado;
> y esto era una pena secreta en las entrañas del arquero[14].

Ahora, en la soledad de la isla de hielo, que es su última estación antes de irse a encontrar con la muerte, Odiseo, en el sueño, se traslada "al palacio venerando de su padre", y se ve junto al lecho de su madre que agoniza, pálida como la cera. Le sostiene la mano y siente cómo la va abandonando la vida. El hijo, pálido también por el dolor, la besa y le habla, tratando de convencerla de que ella sólo está soñando; que todo pasará; que el mal sueño terminará en alegría, pues su nuera la noche anterior ha sentido un golpe en el vientre, así que vendrá en la mañana a anunciarle la feliz nueva de que dentro de poco podrá acariciar a su nieto. Vendrá el amanecer, ella despertará, llamará a todos para contarles el sueño; soñar con muerte es matrimonio, en buena hora. Pero la madre no responde, y el hijo asiste, impotente, al avance de los tentáculos de Caronte, "el gran octópodo", hacia el corazón de la mujer.

La única y última vez que escuchamos (o leímos) la voz de Anticlea fue durante la estancia de Ulises en el Hades, en la antigua *Odisea*. Ahora, dentro del sueño del peregrino, la vemos en un momento anterior a aquél, pese a que han transcurrido al menos tres mil años. Y también dentro del sueño, escuchamos (leemos) las palabras que el hijo imagina que diría su madre a la mañana siguiente, si su agonía sólo fuera un mal sueño. Y si en realidad (dentro del sueño), todo hubiera sido un sueño, ella habría recordado que Odiseo había estado tratando de reconfortarla: "Pero aquí está mi buen hijo que siempre me consolaba".

Entonces leamos este bello pasaje, en donde vibra un hondo sentimiento de amor y piedad filial. Acaso por esto, han desaparecido las tan abundantes imágenes y símiles del poema kazantzakiano. Sólo una imagen y un símil hallamos aquí. El cuerpo, ya pesado, de la madre recibe la alegre nueva que le

13 *Odisea* K, II, 590. El pasaje referente a los sentimientos de Odiseo al saber la muerte de su padre y de la sepultación de Laertes abarca los versos 579-598.

14 *Odisea* K, XXII, 606-610.

da el hijo "igual que recibe nuestra madre tierra la llovizna ligera". Y la imagen de Caronte en la forma de un pulpo, cuyos tentáculos van atrapando poco a poco los miembros de la moribunda, se añade a las múltiples figuras que adopta la muerte en el poema[15].

Por años de años a su madre no la había visto más mientras dormía,
dijérase que la tierra abrió su boca e íntegra la devoró;
y no volvió a aparecer su santa sonrisa melancólica
a conmover dulcemente el sueño de su hijo amado;
y eso era una pena secreta en las entrañas del arquero.
Y esa noche con ella soñó – como si estuviera allá -,
en el palacio venerando de su padre, y arriba fulguraban las estrellas,
y su madre, pálida como la cera, agonizaba en el lecho.
Y Odiseo, de hinojos, la mano muy blanca sosteníale
y percibía cómo su sangre morosa se detenía poco a poco
y la dulce tibieza velada de la vida se iba apagando.
Toda la noche acariciaba sus cabellos sudorosos, albísimos;
ya sus ojos se volvieron vidrio, profundamente hundidos.
Pálido, doblado, la besaba y los labios le temblaban.
"No tengas miedo, madre mía; sólo un sueño estás viendo
/ y volverás a despertar,
para que llames en el patio a tus criadas, a las nodrizas que se vistan,
y el viejo quehacer diario de la casa recomience.
Te diré, madre, el secreto, que tu corazón se alegre.
Ayer por la noche tu nuera despertó atemorizada,
un gran golpe sintió de improviso en su vientre con fruto;
¡y dentro de poco tomarás en tus manos al nieto!"
Hablaba el hijo así, e impasible la madre dulcemente recibía
en todo su cuerpo, ya pesado, la nueva regocijante,
igual que recibe nuestra madre tierra la llovizna ligera.
Y el hijo, para no cortar con el silencio la hebra de la felicidad,
agachado, sus ojos besa y continúa hablándole:
"Madre, ya se acerca la mañana, y el gallo va a cantar,
y el mal-sueño que te ha afectado se desvanecerá;

15 Thánatos, la muerte, es palabra masculina en griego. En la poesía popular neogriega, Jaros o Járondas, Caronte, es el negro personaje que reina en al mundo de los muertos, el kato kosmos, el mundo subterráneo de donde sale a buscar a los hombres. Véase el ensayo "La muerte y Caronte y sus metamorfosis en la *Odisea*".

y en la mañana, cuando te levantes bien y se despeje la cabeza,
risueña a todos nos llamarás y nos darás su explicación:
matrimonio es en los sueños la muerte, bueno sea y bendecido;
sólo que la vi muy a lo vivo y mi corazón sufrió;
¡pero aquí está mi buen hijo que siempre me consolaba!
¿Me escuchas, madre mía? ¡Sonríe y mueve tus ojos!"
La noche entera clamaba el hijo y luchando sostenía en sus brazos
con manos invisibles a la madre para que no parta;
pero el gran octópodo, Caronte, la arrastraba de los pies,
que ya se helaban, y se extendía, mudo, subiendo sus tentáculos
en sus viejas y delgadas piernas, las rodillas, la cintura;
y el hijo infeliz, impotente y doblado, iba siguiendo su ascenso
hasta que tocara el tibio corazón y la madre expirara.
Toda la noche retenía a la mujer entre sus brazos,
y al amanecer abrió los ojos; sus entrañas se habían petrificado
y no podía levantar las manos, como si todavía sostuvieran,
apretado, el pesado e invisible cadáver de la madre.
Lentamente se arrastró, juntó ramas, enciende una fogata
y enfrente de ella tendió su cuerpo endurecido y azuloso[16].

Odiseo recuerda una vez a su madre. Se trata de un "acordarse imaginativamente", si así pudiera decirse, de hechos y personas que existieron antes de la propia existencia. La imaginación casi inagotable de Odiseo y del poeta nos trae a esa lejana madre, reviviéndola brevemente en tiempos anteriores a aquellos, ya muerta, en que aparece en el poema homérico.

En la última navegación, en el barco en forma de ataúd que construyó en la costa sur de África, en un momento estallan los recuerdos en la mente de Odiseo, y en un retroceder hacia sus ascendientes, recuerda a su madre, muy joven, virgen todavía. Se recuerda de sí mismo primero como niño pequeño, como infante, y después en los "riñones" de su padre, antes de que éste despose a la que será su madre. Y ella imagina al que será su hijo, antes de concebirlo.

Se abrió el cerebro de nuestro solitario, y de las gruesas meninges
los recuerdos cual cascadas corren en la soledad.
Y detrás, delicada y silente, la rueda gira y rechinan las sienes;
el tiempo, la anillada sierpe, abre sus entrañas,

16 Ibídem, XXII, 606-652.

y cuantas cosas devoró brillan ahora a la luz y se expanden[17].
. [...] Más allá todavía la mente del arquero contempla su cuerpo,
niño pequeño que arroja barquichuelos a las olas,
y capitana temeraria, el alma los cabalga.
Y coge, niño-de-pecho, el pezón de la madre y muerde
con insaciedad implacable su punta roja;
y la madre llora-ríe, y adivina: ¡Este hijo suyo un día
de igual modo ha de morder con fuerza la santa ubre de la vida!
Pero ya no distingue el-de-los-mil-padecimientos sus huellas
/ en la luz;
labora en los cuerpos de sus padres como la fiebre oculta;
dentro de los riñones del padre cruza a menudo el umbral
/ de la novia,
y se inclina temblorosa la futura madre, virgen;
¡Ya golpea su entraña no tocada la planta del hijo pequeñito!
Borda su ajuar de nupcias en la ventana la madre,
y cuelgan, al doblarse, sus cabellos espesos sobre su labor
y van y vienen veloces sus dedos y el bordado se eleva
desde el pequeño corazón de la muchacha, y se extiende y amarra
con hebras carmines y azafrán sus ensueños ocultos.
Un bajel borda y un mar, remos y unos hombrecillos negros
y un hijo – el capitán – con un ceñidor bermejo
y corre y vuela el pensamiento de la niña como el agua, y pasa[18].

La madre borda presintiendo la vocación marina de su futuro hijo, como bordará Penélope las peripecias de su esposo en el mar, en esta *Odisea* nueva.

Enseguida, el moribundo asceta recuerda su nacimiento en una playa de Itaca, cómo se agitaba en el vientre materno, cómo se tranquilizó allí dentro, al escuchar el canto de un marinero que pasaba en su barca; cómo nació y cayó a la arena y se oyeron sus primeros llantos:

Pálida bajó mi madre al mes noveno a la playa
a jugar suavemente con su aya para refrescar su mente,
y para respirar del fruto grave que le llenaba el regazo.

17 Ibídem, XXIII, 186-190.
18 Ibídem, XXIII, 201-220.

A la tierra toda, la madre de-mil-maridos, cogieron los dolores;
se sentó entre las nodrizas por las rocas y grita;
las criaturas del barro, del cerebro, le tiemblan con terror,
el alma, el aire y el pan, y las ideas señoriales
se yerguen igual que amas y aguardan al infante.
Y cuando, tranquila ya, mi madre a la orilla azul se encaminaba,
siente como largas alas que dentro de ella se remontan,
y golpeaba como a puertas de castillo el hijo su abultado vientre,
y todo le parecía una profundo sueño, líquido espeso en el aire,
y agitaba las manos con dulce esfuerzo y muy lento, para pasar.
Divisa un viejo pescador cargado con sus redes
y en la lejanía ve a un joven cazador con un arco tendido
y a un dios que está sentado sobre un peñón de la costa
y que mira a lo lejos el mar con un niño en los brazos:
- ¡Propicia que sea tu hora, madre que das a luz y nido que te abres! –
Y la joven madre reía y jugaba con los gruesos guijarros;
las olas mojaban sus pies, refrescaban sus rodillas,
y ahora venía flotando un pez espada y rasgaba su vientre.
Arriba pasó un negro bajel con maestrales escarlatas,
un vivo canto marino le brota, y la madre eleva el cuello
fresco y níveo, contenta de escuchar;
se tranquilizó su seno y el hijo se detuvo para oír al marinero.
Y mientras, silenciosa y pálida, seguía al maestral escarlata
y toda su alma vibraba cual vela roja en el aire,
la tomaron de repente los dolores, y antes que
/ aparecieran las nodrizas,
como una brasa ardiente se deslizó el hijo por la playa,
lleno de arena y de sangre, envuelto por algales
Tendido en el sepulcro puntiagudo, el viejo combatiente,
con los anchos párpados cerrados, se admiraba escuchando
con el confín del tiempo y del espacio el cuerpecillo
/ bisoño que llora
a la orilla del mar, mientras corren temblorosas las nodrizas,
/ no se lo lleven las olas[19].

19 Ibídem, XXIII, 711-744.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CASTILLLO DIDIER, M. (2006-2007) *La Odisea en la Odisea Estudios y ensayos sobre la Odisea de Kazantzakis*. Santiago: Centro de Estudios Griegos.

N. CRUZ: "La *Eneida* (2010) Virgilio y Eneas", en Virgilio: *La Eneida*. Traducción de Egidio Poblete. Santiago: Editorial Universitaria.

HOMERO (2010) *Odisea*. Traducción L. Segalá y Estalella, Edición A. López Eire, Guía de lectura A. Cuatrecasas Targa. Madrid: Espasa Libros.

HOMERO (2000) *Odisea*. Traducción J. M. Pabón, Introducción C. García Gual. Madrid: Editorial Gredos.

KAZANTZAKIS, N. (1975, 2013) *Odisea.* Introducción, traducción, notas y síntesis en prosa M. Castillo Didier. Barcelona : Editorial Planeta, . 2a ed. Santiago: Tajamar Editores.

LASSO DE LA VEGA (1983) "Ulises y su mundo de ideales éticos", en "Ética homérica", en R. Adrados y otros (L. Gil Editor): *Introducción a Homero*. Madrid: Ediciones Guadarrama.

RAMOS, O. G. (1970) *La Odisea: un itinerario humano*. Bogota: Instituto Caro y Cuervo.

VIRGILIO (2006) *Eneida*. Traducción E. Orellana. Edición de Nicolás Cruz y Antonio Arbea. Santiago: Editorial Universitaria.

VIRGILIO MARÓN (2006) *Eneida*, Introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Muño. México: Universidad Nacional Autónoma de México.